

# Más allá del batir de los tambores: Irak, la guerra preventiva y la «vieja Europa»

Arno J. Mayer

La carta de apoyo al inexorable empuje de la Administración Bush a la guerra contra Irak, firmada en enero de 2003 por los líderes de ocho países europeos, era un documento tanto singularmente ideológico como estrecho de miras. La lista de valores que los signatarios afirmaban compartir con los Estados Unidos resulta toda ella intachable: «la democracia, la libertad individual, los derechos humanos y el imperio de la ley.» Pero existe una flagrante omisión: el capitalismo de libre mercado. La omisión resulta aún más sorprendente cuando no es posible entender el infame ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001 si no se tiene en cuenta que el principal objetivo era el World Trade Center, símbolo prominente y eje del capitalismo globalizante.

No resulta menos sorprendente que los signatarios sigan abrazando, tanto tiempo después, la venerada, pero altamente discutible, interpretación de la Guerra Fría del papel supuestamente indispensable de los Estados Unidos en la reciente historia de Europa: «Gracias en gran parte al valor de los norteamericanos, a su generosidad y a su amplitud de miras, Europa se

---

• Artículo publicado en *MR*, vol. 54, nº 10, marzo de 2003, pp. 17-21. Traducción de Joan Quesada.

• Arno J. Mayer es Profesor Emérito de historia en la Universidad de Princeton y autor de numerosos trabajos, entre los que se cuentan *Why Did the Heavens not Darken?: The «Final Solution» in History* (Pantheon Books, 1988) y *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions* (Princeton University Press, 2000). Este artículo lo dedica a la memoria de su editor y amigo, Angus Cameron.

liberó de las dos formas de tiranía que han devastado nuestro continente a lo largo del siglo xx: el nazismo y el comunismo.» Los hechos son que, en las dos guerras, Washington fue un aliado de última hora. En 1914-1918, igual que en 1941-1945, el sacrificio de sangre europea fue inmensamente mayor y más doloroso que el de Norteamérica. Claro que los aliados puede que no se hubieran impuesto sin la intervención del Tío Sam, pero quizás deberíamos recordar que la contribución de Washington fue sobre todo material, financiera e ideológica.

Es evidente que durante la Segunda Guerra Mundial el Ejército Rojo aportó infinitamente más «sangre, sudor y lágrimas» que los militares estadounidenses para hacer que la batalla se inclinara en contra de las potencias europeas del Eje. Si el Ejército Rojo no hubiera roto la espina medular de la Wehrmacht en 1942-1943, es más que probable que los desembarcos que en junio de 1944 lideraron los norteamericanos en Normandía se hubieran convertido en un trágico baño de sangre. Además, durante esa misma guerra, a diferencia de los no combatientes europeos y soviéticos, que murieron a millones, las bajas civiles estadounidenses fueron en comparación infinitesimales. Una anomalía que explica en enorme medida el furor vengativo de los norteamericanos después del 11 de septiembre, algo que acabó con la inocencia de ese excepcionalismo autopercebido. Protegidos como siempre por dos océanos, los Estados Unidos desean mantener su cifra de bajas en el mínimo absoluto. Incluso puede decirse que están buscando, quizás exigiendo o incluso comprando, carne de cañón (así como el nervio de la guerra y de la ocupación) tanto entre los cautos gobiernos de lo que el secretario de defensa Donald Rumsfeld ha calificado de «vieja Europa» como entre los países, sobre todo de la Europa del Este, que podríamos denominar de la «nueva-vieja Europa».

En la medida en que los ocho signatarios suscriben implícitamente la doctrina de la Administración Bush, anunciada a toque de trompeta pero no excesivamente nueva, de la guerra anticipatoria o preventiva, deberían recordar que la lógica preventiva jugó un papel destacado en dos puntos de inflexión cruciales de la Guerra de los Treinta Años del siglo xx: en julio-agosto de 1914, el káiser Guillermo II y sus consejeros precipitaron la guerra en previsión de que el equilibrio de fuerzas militares se inclinaría a favor de la Entente en 1917, cuando se preveía que la Rusia zarista habría completado la modernización y preparación de sus fuerzas armadas; en la primavera de 1941, Hitler se apresuró a entrar en guerra con la Unión Soviética para evitar tener que enfrentarse a Stalin en la primavera de 1942, cuando se esperaba que el Ejército Rojo habría completado su modernización y preparación. Como la historia es bien conocida tanto para los «nuevos-viejos»

Europeos —que intentan demostrar su lealtad hacia sus nuevos amigos norteamericanos— como para los cautos cismáticos de la «vieja Europa», quizás ambas Europas deseen recordar a sus colegas de Washington que la lógica de la guerra preventiva también influyó de forma significativa en la preparación y la programación temporal del ataque japonés a Pearl Harbor. Y tal vez quieran recordarles a Bush y a sus estrategas que esas tres guerras preventivas, meticulosamente planificadas, tuvieron enormes consecuencias no intencionadas: Verdún, Stalingrado, Auschwitz, Dresde, Hiroshima.

Es evidente que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, «para mantener la credibilidad,» debe «asegurarse el cumplimiento total de sus resoluciones.» Pero esa misma «credibilidad» seguramente requeriría una rectificación en cuanto a otra cuestión en la que se ha dado una flagrante omisión o sobre la cual se ha mantenido silencio: al menos desde 1967, el Consejo de Seguridad ha mantenido los ojos cerrados a la reiterada violación, si no desprecio, de Israel de sucesivas resoluciones de la ONU. ¿Podría ser, acaso, que los gobiernos de la vieja-nueva Europa —en especial los de Polonia, Hungría, Rumanía e Italia—, en un exceso quizás de caridad característica del Nuevo Testamento, se pongan ciegamente del lado de Israel en contra de los palestinos para expiar su infame papel en el genocidio judío? Es innecesario decir que los Estados Unidos, por razones políticas y geopolíticas propias, apoyan, si no imponen, esa cruda incongruencia o incluso duplicidad.

Por supuesto, no es posible negar o minimizar el despotismo de Saddam Hussein y de su régimen. Pero es bien sabido que Norteamérica en el pasado ha alimentado tales monstruos de Frankenstein y, actualmente, no son pocos los déspotas del mismo estilo que acoge el Tercer Mundo. Eso plantea la pregunta de por qué Norteamérica, cuando pretende renovar la misión de Woodrow Wilson de «hacer del mundo un lugar seguro para la democracia,» se concentra en Saddam Hussein y lo retrata como un cruce entre Stalin, Hitler, Bin Laden y Satán. Es seguro que es una auténtica hipérbole afirmar que «el régimen iraquí y sus armas de destrucción masiva representan una clara amenaza para la seguridad mundial.» La caracterización recuerda a la demonización en el pasado de los sucesivos líderes soviéticos y de sus regímenes. Si lo comparamos con la superpotencia ruso-soviética de los últimos tiempos, a la que entre 1945 y 1989 se mantuvo a raya sin recurrir a la guerra, en términos militares e ideológicos Irak es un pigmeo.

Si la base económica de Irak fuera el cultivo de tulipanes para la exportación, en lugar de ser la segunda mayor reserva de petróleo del mundo, los Estados Unidos harían caso omiso del arsenal armamentístico de Bagdad, que en realidad no es tan excepcional. Desde el estallido de la guerra de

1914, el control de los campos petrolíferos mesopotámicos y arábigos ha sido siempre uno de los principales intereses de la diplomacia de las grandes potencias. Durante la Primera Guerra Mundial e inmediatamente después, Gran Bretaña y Francia hicieron poco menos que repartirse los grandes depósitos petrolíferos de Oriente Medio, con el pacto de Sykes-Picot, de mayo de 1916, como hoja de ruta. Creado de un día para otro después de la Gran Guerra, Irak era el gran premio, y fue a parar a Gran Bretaña. En compensación, Londres le cedía casi una cuarta parte de la producción de petróleo de la región iraquí de Mosul a Francia, que se aseguraba de ese modo el control de Siria, que carecía de petróleo. La hegemonía regional de Londres quedaba afianzada con el control continuado del canal de Suez y su dominio sobre Palestina.

La Gran Guerra confirmó que, tanto en tiempos de guerra como de paz, el petróleo era, en palabras del entonces primer ministro francés Georges Clemenceau, «tan necesario como la sangre,» sobre todo para la Europa imperial y para los Estados Unidos —lo que conocemos como el Primer Mundo. Después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos suplantaron a Gran Bretaña como potencia dominante en el gran Oriente Medio. La incapacidad de Londres y París para evitar que Egipto se apropiara del canal de Suez en 1956 no sólo confirmaba su desaparición como potencias mundiales, sino que representaba la consolidación de la hegemonía militar y política norteamericana en Mesopotamia y Arabia. Hoy en día, cuando los recursos petrolíferos de la región son más importantes que nunca antes, la Casa Blanca no va a permitir desafío alguno a su dominio del Oriente Medio, vital para el alcance del control imperial de Washington, incluido su rol de puntal de las demás economías del Primer Mundo y de China. Como parte de la nueva disposición de poderes, Washington tienen la intención de conceder acceso privilegiado al petróleo de Oriente Medio al Reino Unido, en detrimento de Francia y Alemania que, junto a Bélgica, Holanda y Luxemburgo, conforman el núcleo de la auténtica «nueva Europa», cuya economía parece que algún día pueda desafiar la primacía económica norteamericana y del dólar.

Hay un soplo de afinidad ideológica entre los miembros del incipiente «eje de la virtud» que propone luchar contra el emergente «eje del mal», sobre todo a la vista de que el apoyo de que goza el «nuevo laborista» Tony Blair es enorme entre los *tories* británicos —¡y australianos! De hecho, la Casa Blanca, a imitación tal vez de la relación del Kremlin con sus clientes en sus últimos tiempos, pretende presidir un agregado de gobiernos que compartan su opinión y de regímenes sumisos (una auténtica «quinta internacional»); un agregado del que cualquier país que se niegue a alinearse

quedará excomulgado, o incluso algo peor, por ponerse del lado o viajar de la mano del enemigo. Ante tales perspectivas, en el caso (¿no muy probable?) de que mantengan su rumbo, la Alemania de Schroeder y la Francia de Chirac bien podrían convertirse en el equivalente funcional de la antigua Yugoslavia (que era comunista pero estaba fuera del Pacto de Varsovia), dicho sea sin tapujos. ¡Tito *redivivus*!

Llegados a este punto, Irak no constituye un fin en sí mismo: para los Estados Unidos, Irak es un peón, una estación de paso en la evolución de la geopolítica y la geoeconomía de su poder imperial. Pero, para la Europa auténticamente nueva, es una prueba para medir su creciente autonomía política y económica y su fuerza en el sistema mundial.

Es natural que Norteamérica intente bloquear o aminorar el paso hacia la emancipación de Europa captando, en particular, a los países del antiguo Pacto de Varsovia, cuya deuda y cuya lealtad principales son ahora para con la OTAN y no para con la Unión Europea. Sin embargo, no es menos natural que la Unión, que recientemente les dio la bienvenida, les exija que afronten sus responsabilidades y realicen su juramento. (En cuanto a Inglaterra, no se la debería desanimar a la hora de solicitar su ingreso como estado número 51 de la Unión norteamericana.)

Mientras tanto, los europeos, demasiado familiarizados con el precio de la guerra, deberían recordarle a Washington que las guerras transfronterizas clásicas, al estilo de von Clausewitz, pertenecen poco menos que al pasado. Tal y como la experiencia le está enseñando a Israel, no se puede ganar una guerra contra el terror(ismo) bombardeando la sede de un gobierno, deponiendo a un régimen y desmantelando un ejército. Al reflexionar sobre la ignota guerra híbrida del mañana y prepararse para ella, las elites estratégicas de la Unión Europea deberían resaltar la importancia de combinar toda una nueva generación de armas y tácticas militares con una nueva generación de medidas políticas, sociales y culturales sin las cuales será difícil, si no imposible, contener la plaga del terror.

1 de febrero de 2003